

# ORWELL PERFORMATIVO

Antonio Lastra

I was awfully sorry about George Orwell -I  
had a feeling that he wouldn't last,  
as if the thing he represented were doomed to fade away,  
and it is disconcerting to have it gone  
EDMUND WILSON a MAMAINÉ KOESTLER (3 de abril de 1950)

En una nota a pie de página escrita en medio de la Guerra Fría y que no debería pasar inadvertida a ningún lector atento, Hannah Arendt condenó las biografías de Adolf Hitler y Iósif Stalin escritas, respectivamente, por Allan Bullock e Isaac Deutscher, con el argumento de que, precisamente por seguir las reglas del género y estar bien hechas, falseaban a los personajes y distorsionaban los hechos. Hitler y Stalin, concluía Arendt con un préstamo de la “neolengua” de 1984, eran “no personas”. Al conmemorarse, sin embargo, la victoria de los aliados en la Segunda Guerra Mundial, un reputado periodista liberal sugirió, por el contrario, que tal vez el informe de Nikita Jruschov en el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (cuya calidad literaria era, desde luego, inferior a las biografías citadas) no fuera del todo fiable y que Stalin debía de nuevo ser acreedor al título de héroe de la patria y gran estratega del ejército que había ostentado en vida (“Stalin es el mediodía, / la madurez del hombre y de los pueblos... Les enseñó la Paz / y así detuvo / con su pecho extendido / los lobos de la guerra”, como escribió Pablo Neruda), y la última biografía cinematográfica de Hitler, *El hundimiento*, humaniza —cualquiera que sea el significado de esta palabra, uno de los cuales insiste en la dignidad inalienable de la persona, incluso de las más abyectas— al personaje histórico. ¿Fueron Hitler y Stalin personas —podríamos preguntarnos de acuerdo con la gramática de la “viejalengua”— sobre las cuales, entre otras muchas cosas, podríamos legítimamente leer y escribir o a las que podríamos convertir en objetos cinematográficos? La persona, en sí misma, es una representación cultural y no podría sobrevivir sin la crítica.

Cualquier lector de *Guerra y paz* se habría sentido justificado por haber llegado hasta el final de la novela (véase el capítulo 14 de la primera parte del Epílogo) y los lectores de George Orwell habrían recordado que una profecía puede cumplirse, igual que se repite o se revisa la historia, como una farsa, al ver desfilar en esas conmemoraciones a soldados ataviados con los antiguos uniformes del Ejército Rojo, ante la mirada y

con el aplauso de los representantes del mundo civilizado, en una gran parada militar que impedía al observador, en efecto, distinguir, si no quiénes eran unos y otros (véase el final de *Rebelión en la granja*), desde luego quiénes eran en realidad y qué tipo de despersonalización estaban escenificando todos juntos. ¿Tenían razón los críticos de Orwell cuando advirtieron que habría de pasar el tiempo para que su obra fuese semánticamente reveladora? Me refiero, desde luego, a los verdaderamente críticos con su heterodoxia de anarquista conservador que vaticinaron, a su vez, que 1984 iba más allá del fascismo o del comunismo, de Hitler o de Stalin, y descubría —en mi opinión no del todo involuntariamente— el misterio de la iniquidad del triunfo capitalista: los soldados que marchaban al paso de la oca por la Plaza Roja en mayo de 2005 llevaban en sus botas un talón de hierro...<sup>1</sup>

Medio siglo no es, en cualquier caso, demasiado tiempo para medir la resistencia de una obra literaria al olvido y no era de esperar que hasta 1984, al menos, Orwell dejara de ser leído. Aún perdura, por contraste con las imágenes que acabo de evocar, la sensación de alivio que pareció apoderarse de casi todos los comentaristas cuando llegó la hora de comparar la fecha literaria con la fecha histórica: ni los regímenes comunistas europeos se habían desmoronado ni la amenaza de la guerra nuclear se había despejado (¿era la época del despliegue o del repliegue de los misiles de crucero en Alemania?, ¿quién podía orwellianamente saberlo?), pero el mundo era distinto a como Orwell lo había imaginado y las diferencias se acusarían en apenas un lustro. Es curioso que muchos escritores que entonces declararon que Orwell podía pasar definitivamente a la historia de la literatura o simplemente a la historia (Heinrich Böll, Günter Grass, Anthony Burgess, entre otros) no creyeran en la vigencia que su lectura seguiría teniendo veinte años después, elevada ahora a la categoría de clásica. Tras la publicación de las obras completas en una cuidadosa y seguramente definitiva edición en 1998 y la discreta celebración del centenario de su nacimiento en 2003, cuyo episodio más destacado fue la difusión de la lista

de simpatizantes comunistas que el escritor habría denunciado indirectamente al gobierno británico poco antes de morir, Orwell merece que lo leamos de una manera mucho menos circunstancial e ideológica, incluso si la profecía de su escritura sigue teniendo visos de cumplirse o precisamente a pesar de ello.<sup>2</sup> En la época de los estudios culturales, está en juego lo que John Rodden ha llamado la política de la reputación literaria; en cualquier otra época estaría en juego la posibilidad misma de la lectura. Que Orwell tuviera o no razón depende de qué fuera realmente lo que quiso decir; en primera instancia, la lectura está supeditada a la escritura.<sup>3</sup>

En español —un idioma tan vulnerable por la política como el inglés y en el que Orwell tiene una reputación privilegiada debido a su participación en la Guerra Civil—, esta lectura habría de comenzar por ser escrupulosamente literal antes de poder ser literaria: todas sus traducciones necesitan, una vez fijado el texto original, de una profunda revisión, especialmente en lo que se refiere a su escritura de ensayo.<sup>4</sup> Esta revisión ayudaría en parte a refutar la severa, y errónea, opinión de José María Valverde, que resume, sin embargo, un sentir muy generalizado sobre el valor de la obra de Orwell: “Quizá, en un orden estrictamente literario, Orwell apenas habría de ser mencionado, pero su resonancia política ha hecho de él una referencia proverbial”.<sup>5</sup> En cierto modo, “orwelliano”, como “kafkiano” o “dantesco” —o “dickensiano”, como probablemente habría añadido Orwell—, señala un estado de cosas existente ajeno a la literatura y bastante confuso, pero, como en el caso de Kafka, Dante o Dickens (con quienes Orwell compartiría una insobornable exigencia de claridad en la escritura), el término tiene una virtud literaria que, en buena medida, proviene de la literalidad de los propósitos de Orwell: si reuniéramos en una serie “resonancia”, “referencia” y “proverbialidad”, no resultaría difícil comprobar lo que J. L. Austin llamaría fuerza ilocucionaria en la escritura de Orwell, una cualidad que podría servir como ejemplo en la defensa del lenguaje ordinario del profesor de Oxford y que, tanto en el ori-

ginal como en una traducción o en un orden estrictamente literario, adquiere una importancia crucial cuyas consecuencias son inequívocamente prácticas y políticas. Austin argumentaría que el lenguaje ordinario no podía pretender ser la última palabra del discurso, pero era, desde luego, la primera. En el caso de Orwell, es importante saber si las últimas palabras (“Amaba al Gran Hermano”, por ejemplo) podrían ser las primeras para nosotros, los lectores del siglo XXI, antes de que, en 2050, si se cumple la profecía, se implante definitivamente la “neolengua”: “Para darle tiempo, sobre todo, a la obra preliminar de traducción, la adopción final de la Neolengua se ha fijado en una fecha tan remota como 2050” (éstas son las últimas palabras de 1984). Si el lenguaje ordinario puede ser mejorado, hemos de suponer entonces que la lectura complementa la escritura. La literatura aparece en medio de transacciones como éstas.

La alusión a la filosofía del lenguaje contemporánea de Orwell no es ociosa. Es casi imposible no caer en la cuenta de que la “neolengua” podría ser interpretada e incluso malinterpretada como una parodia de las tesis planteadas por A. J. Ayer en su libro *Lenguaje, verdad y lógica*, la adaptación inglesa de la filosofía de Ludwig Wittgenstein y el Círculo de Viena a la que Austin, el segundo Wittgenstein y Stanley Cavell solaparían después su filosofía del lenguaje ordinario. La derogación de la metafísica y la reducción del lenguaje que el principio de verificación llevaría a cabo, según Ayer, y por el cual el simple registro de la propia experiencia —la tarea fundamental e imposible a la que se entregará desesperadamente Winston Smith, el protagonista de 1984, y en general el oficio literario por excelencia— no serviría para transmitir información alguna a otras personas (los lectores, dentro y fuera de la novela, del diario clandestino que Smith escribe para que lo lea solamente O’Brien, el inquisidor) ni para ampliar el conocimiento de sí mismos al que pueden aspirar los seres humanos; la lógica implacable de los enunciados con los que Ayer encabezaba sus argumentos (“Lo que es percibido no es necesariamente mental”, “Lo que no existe no exige necesariamente ser pensado”, “Lo que es pensado no exige necesariamente existir”) y que recuerdan los lemas impersonales del Partido en la novela; la denuncia de la identidad personal como una entidad metafísica ficticia; la refutación del argumento de la experiencia religiosa y, sobre todo, el análisis de las proposiciones referentes al pasado —la negación de que el pasado esté “objetivamente ahí” para establecer una correspondencia con el presente— tuvieron que ser leídos por Orwell en una clave distinta de la que requería el elevado nivel de abstracción filosófica de Ayer.

Como O’Brien, Ayer sería un excelente funcionario de la inteligencia.

*Lenguaje, verdad y lógica* se había publicado en 1936 en la editorial filocomunista de Victor Gollancz, donde aparecerían los libros de Orwell hasta *Homenaje a Cataluña* (1938), que el editor —quien ya había puesto reparos a las desviaciones ideológicas del autor en *El camino de Wigan Pier* (1937)— rehusaría publicar, como sucedería luego con *Rebelión en la granja* (1945). En 1946, tras haber conocido a Orwell en el París liberado, Ayer admitiría en el prólogo a la segunda edición de su libro que las implicaciones del principio de verificación aplicado a la historia podían “ser perturbadoras”. La apasionada devoción por el pasado que Orwell transfirió al protagonista de 1984 nacía, precisamente, de la

En el caso de Orwell,  
es importante saber si las  
últimas palabras  
 (“Amaba al Gran Hermano”,  
por ejemplo) podrían ser las  
primeras para nosotros, los  
lectores del siglo XXI, antes  
de que, en 2050,  
si se cumple la profecía,  
se implante definitivamente  
la “neolengua”

posibilidad de la tergiversación de la historia y se basaba en la creencia en la verdad o en una correspondencia objetiva con las cosas que el lenguaje, y especialmente la literatura, debía ser capaz de reflejar en un momento en que esa fe, como cualquier otra fe, parecía estar desapareciendo del mundo. Lo que Orwell llamaría la prevención de la literatura o la invasión ideológica de la política era, literalmente, una perturbación y anunciaba la destrucción del pensamiento —de cualquier forma de pensamiento que no coincidiera con el “doblepensar”— que la “neolengua” debía llevar a cabo. A su manera, el positivismo lógico se erigía en una ortodoxia contraria a la idea que Orwell tendría del “inglés corriente” (el idioma y el hablante), incapaz de dar o darse cuenta cabal de las implicaciones lógicas del credo que profesara. Richard Rorty, un lúcido revisionista del legado de la filosofía analítica, ha insistido, a propósito de Orwell, en la ironía y la contingencia de las últimas palabras del vocabulario que empleamos para la deliberación moral y política.<sup>6</sup>

La devoción por el pasado, que Orwell expresaría irrepitiblemente en *El león y el unicornio* (1941) y que había hecho de sus novelas anteriores a la conflagración

mundial una especie de retaguardia militante de las vanguardias artísticas, ha sido, tal vez, la causa de la desafección de muchos lectores, que han interpretado este gesto como una reacción o una rendición al conservadurismo, al genio inglés, en detrimento del socialismo (“el socialismo y el genio inglés” era el subtítulo del ensayo de Orwell). Edward W. Said, por ejemplo —un lector inteligente y digno de confianza—, no habría podido reconocer nunca en el patriotismo de Orwell una representación del intelectual moderno, y la fascinante reconstrucción del destino del Imperio británico que un historiador tan riguroso como Simon Schama ha llevado a cabo, apoyándose prácticamente en Orwell y Churchill, no habrá ayudado a deshacer la imagen ambigua de las relaciones entre la cultura y el imperialismo que la escritura de Orwell proyectaría desde *Los días de Birmania* (1934) hasta las “Reflexiones sobre Gandhi” (1947), pasando por “Disparar a un elefante” (1936), “Marrakech” (1939) o “Descenso de Bangor” (1946).<sup>7</sup> Más que la utilización espuria del anticomunismo de *Rebelión en la granja* y 1984 en la Europa de la posguerra y en los Estados Unidos, donde el destino de estos libros fue el de convertirse (como sucedería en España) en la propaganda que denunciaban y que, en mi opinión, el propio Orwell habría temido que se produjera (una de las últimas anotaciones de Orwell en su cuaderno hablaba de “los grandes críticos caníbales que acechan en las profundas aguas de las revistas trimestrales americanas”, aunque no se tratara sólo de una cuestión literaria), es, efectivamente, su patriotismo bélico —considerablemente atenuado en las “Notas sobre el nacionalismo” redactadas al cabo de la guerra (1945)— el que condiciona el valor de lectura que pueda tener en la actualidad su obra, en parte porque, a pesar de que Schama reconozca la persistencia de una tradición radical inglesa a la que Orwell habría pertenecido y que encontraría en el romántico William Hazlitt a su precursor más destacado, especialmente en la escritura de ensayo que constituye la pauta interna de sus propias narraciones, Orwell mismo logró persuadirse de las proposiciones sobre el pasado hasta el punto de que, entre las razones por las cuales —como admitiría en su ensayo “Por qué escribo” (1946)— se había dedicado a la literatura, el impulso histórico, el “deseo de ver las cosas como son, de indagar en hechos reales y de almacenarlos para la posteridad”, acabaría prevaleciendo sobre las restantes: el “egoísmo absoluto”, el “entusiasmo estético” y, paradójicamente, la “intencionalidad política”, es decir, “el deseo de empujar el mundo en cierta dirección, de alterar las ideas de los demás acerca del tipo de sociedad que deberían perseguir”, que Orwell creía obedecer.

Por el contrario, detener el mundo —ocupar la posición espacial y temporal que realmente ocuparía un hombre sin tener la sensación de contingencia que Ayer había señalado en abstracto y Rorty señalaría en particular— fue para Orwell una tarea mucho más urgente, como lo sugiere el hecho, no del todo irrelevante, de que *El león y el unicornio*, que constituye una obra maestra de la escritura de ensayo en cualquiera de las “viejas lenguas”, fuera concebido primero como una novela (a veces con el título de “los vivos y los muertos”) y luego transcrito como ensayo, lo que refuerza la “continuidad de impresión” que Hazlitt exigía al género y su carácter performativo (o realizativo, por emplear la jerga de la filosofía del lenguaje, en lugar de ficticio). “Despedida a la escritura de ensayo” (1828), de Hazlitt, era, en cierto modo, el modelo de esta escritura radical, apegada al pasado —un pasado dolorosamente recuperado y precariamente conservado en primera persona—, cuyo valor es casi tan raro como el de un objeto antiguo: la figura de cristal que Winston Smith encuentra en la tienda de antigüedades del señor Charrington es un símbolo perfecto del pretérito llamado a romperse en pedazos, y el “espíritu de cristal” con el que Orwell se retrató y la comparación de la buena prosa con el paño de una ventana que solía poner exhiben la fragilidad fatal del sentido del pasado evocado por el último Orwell. La cabaña de Winterslow, donde Hazlitt se refugiaría del opresivo clima londinense para escribir sus mejores piezas, prefiguraba, por otra parte, la huida de Orwell a la isla escocesa de Jura y su estancia, a la postre fatal para una salud ya maltrecha, en la desolada casa de Barnhill, donde escribiría *1984*, cuando la sensación de soledad acabara predominando sobre la comunidad sostenida, con sangre, sudor y lágrimas, durante la guerra. Como ficción, *1984* (que Orwell habría preferido llamar “el último hombre de Europa”) sería la despedida a la escritura de ensayo del propio autor, como puso de relieve el inapreciable y ambiguo apéndice sobre la “neolengua”.<sup>8</sup>

La huida a Jura y la estancia en Barnhill constituyen, precisamente, el punto de fuga en la trayectoria vital de Orwell y, a pesar de las interrupciones causadas por sus internamientos en diversos hospitales y su muerte en enero de 1950, un ejemplo del exilio del escritor que Said no habría querido, pese a todo, reconocer como propio. Sin embargo, Barnhill tuvo, para Orwell, el valor añadido de la naturaleza salvaje e inhóspita que le rodeaba y que cuesta tanto encontrar en su obra sin desfigurarse. (Como en *Un mundo feliz*, de Aldous Huxley, la naturaleza salvaje no es utópica o inexistente, sino real.) Tal vez la fábula de *Rebelión en la granja* podría ser leída —probablemente conforme se atenúe su dimensión polí-

tica y el dominio de la sátira se imponga por sí mismo aumente el valor de esta lectura— como una vuelta a los valores rurales de la Inglaterra romántica (Schama ha visto en Wordsworth y en William Cobbet a precursores de Orwell), y cada uno de los episodios narrativos de Orwell donde el campo constituye el paisaje de las figuras, asociado a momentos eróticos no demasiado satisfactorios,<sup>9</sup> recuerda la importancia que tenía para Orwell pasar la mayor parte del tiempo posible al aire libre.

Podríamos resumir, entonces, todas las preocupaciones de Orwell respecto a la literatura y la política diciendo que, si ha de sobrevivir, el escritor tiene que traicionar al ideólogo o librarse de él a toda costa, incluso al excepcional ideólogo del pasado inglés en el que Orwell se convertiría hacia el final de su vida, un pasado condenado al fracaso, luego de haber sido ensalzado en la escritura de ensayo, en la escritura narrativa de *1984*. La traición del escritor al ideólogo, de haberse perpetrado, habría librado a Orwell del destino del Imperio —un destino que, en su concepción, tendría que llevar antes o después a una revolución socialista y democrática— y lo habría unido a otra tradición, mucho más radical, sobre la que jamás llegaría a pronunciarse y cuyo desconocimiento es únicamente el fruto de los males que él mismo había denunciado.<sup>10</sup>

Me refiero a la tradición democrática americana, que un lector tan admirado por Orwell como D. H. Lawrence había captado con extraordinaria sutileza. La relación de Orwell con los Estados Unidos fue, en cambio, singularmente aciaga y desafortunada. En los Estados Unidos, Orwell encontraría un público parcialmente selecto. Sus colaboraciones con la *Partisan Review*, con cuya finalidad de unir las ideas políticas y la imaginación Orwell simpatizaba tal vez más que con el anticomunismo y con cuyo escritor más destacado e íntegro, Robert Warshow, debía coincidir en su denuncia de la experiencia vicaria a la que se habían entregado casi todos los intelectuales modernistas, son, seguramente, más destacables en la historia literaria que la lectura interesada y extraliteraria de sus libros que ya he mencionado y que, en buena medida, Orwell no estuvo en condiciones de evitar. Pero Warshow, Trilling o Edmund

Wilson reconocerían que eran meros epígonos de una tradición, y las luchas intestinas de la guerra fría cultural acabarían por minar el baluarte de la imaginación liberal. Es fácil comprender que los estudios culturales o los procesos de canonización contemporáneos hayan tenido que edificarse sobre las ruinas de una tradición extinta.<sup>11</sup>

Lo curioso es que, leyendo a Orwell, incluso en los pasajes —y son muchos— donde el ideólogo descubre la conspiración del escritor y la aplasta sin piedad, como O’Brien somete a Winston Smith, entrevistara aquí y allá un aire de familia, una especie de vínculo oculto que ha hecho de su lectura algo más ameno y más difícil de olvidar de lo que suponía. Como casi todos los lectores, me había acercado a Orwell por su reputación política, pero me ha sorprendido encontrar a cada paso más de un motivo para compararlo con Henry David Thoreau. En mi opinión, Thoreau es un escritor más profundo que Orwell y creo que mis preferencias, hasta donde se deban a un cultivo provechoso de la literatura, coinciden con una estimación objetiva de los méritos reales de uno y otro. Pero las causas que Thoreau defendió han triunfado o se corresponden con la promulgación de unas leyes superiores a cualquier legislación positiva y constituyen, en sí mismas, una obra supererogatoria que puede prolongarse durante siglos; las luchas por los derechos civiles en los años sesenta o la ecología de la cultura, que han hecho de *Walden* una Biblia, son únicamente un episodio. Por comparación, las causas de Orwell eran causas perdidas,<sup>12</sup> y sólo en la medida en que rescatemos de su profecía el esfuerzo moral que las animaba suscitarán el interés de los lectores. La heterodoxia de la revolución traicionada de Orwell tiene, desde luego, algo que ver con todo esto.

Hasta aquí no habría desafecto alguno hacia su obra por mi parte. La comparación con Thoreau, sin embargo, aumentaba como con una lente al escritor que había en Orwell, en detrimento del ideólogo, porque, simultáneamente, dignificaba la persona o el personaje dramático que George Orwell había elaborado con la materia prima de su identidad como Eric Arthur Blair, miembro de la clase media de los funcionarios del Imperio británico. Esa comparación era extrañamente posible. También Thoreau había experimentado el cambio de nombre (la “muda”, como diría en *Walden*), y la voluntad de indignidad de Orwell condeciría con el experimento de “vivir deliberadamente” de Thoreau, incluso en un aspecto “turístico” no del todo reprochable (ya Stevenson había entrevistado en Thoreau al holgazán impenitente); la educación de clase recibida y repudiada por ambos escritores y su mismo deseo de escribir para llegar a ser quienes eran, la oposi-

ción a las costumbres establecidas y el pronóstico de un mundo peor, tal vez una decencia invulnerable y desde luego una salud maltrecha que truncaría su obra refuerzan las semejanzas, así como el hecho de que los dos “trabajaran con las manos”, cuidaran siempre que pudieran un jardín e hicieran —en Walden y en Barnhill— algo más interesante que escribir al principio y que tenía que ver con una relación original con la naturaleza. Es, como digo, en aire de familia. Incluso la reverencia de Orwell por el pasado podría esconder algo de la convicción de Thoreau, uno de los motivos recurrentes de su escritura y el más mitológico de todos, de que no hubiera un trasfondo adecuado para la vida de los seres humanos. A diferencia de Orwell, sin embargo, a Thoreau no le preocuparía nunca la historia, sino una carencia mucho más antigua de la civilización que no encontraría representación en la vida política. Orwell tal vez se habría resignado a la opinión de que la amenaza de destrucción obligaba a reducir las expectativas y a conformarse con una historia convencional o un sentido más heredado que adquirido del pasado: ¡San Jorge (Orwell) por Inglaterra!, sería probablemente su lema como plebeyo andante de la literatura, pero Thoreau le habría respondido diciendo que nuestra vida no tiene por qué ser provinciana en modo alguno.

Con todo, la comparación es particularmente útil para estudiar la ceguera o la clarividencia de Orwell respecto al futuro, el fracaso inherente a su profecía de apocalipsis (el Gran Hermano se revela a sí mismo continuamente) o la inminencia de su triunfo. Es casi seguro que Orwell no conoció a Thoreau; en cualquier caso, yo no he encontrado ni una sola mención a su obra. Hasta 1941, cuando Francis O. Matthiessen —un emigrante checo a quien las furias del exilio defenestrarían poco después— publicó su *Renacimiento americano*, donde esbozaba una filiación izquierdista de los grandes clásicos americanos, la figura de Thoreau apenas había trascendido los círculos de lectores iniciados. Lo que Orwell habría llamado la *intelligentsia* de su época —los bramines de Boston— había condenado al silencio al autor de *Walden*, que poco a poco, y en un terreno más ideológico que literario, empezaría a ser conocido fuera de los Estados Unidos. Es curioso que ni en sus lecturas de Tolstói ni en sus “Reflexiones sobre Gandhi” (1947), uno de sus últimos escritos, repare Orwell en la influencia que el autor de la “Desobediencia civil” ejerció sobre el autor de *Resurrección* o el artífice de la independencia de la India. Pero, al meditar sobre la “santidad” de Gandhi, Orwell esbozaría los rasgos que le unían tanto al *mahatma* como al aristócrata—*mujik* como, tácitamente, a Thoreau: “La esencia del ser humano —escribió Orwell— no con-

siste en buscar la perfección, sino en estar dispuestos en ocasiones a pecar por lealtad, en no llevar el ascetismo hasta el extremo en que haga imposible el trato amistoso y en estar preparados para que la vida nos derrote y destroce al final, lo cual es el precio inevitable de ligar nuestro amor a otros seres humanos”. Winston Smith cumpliría hasta el final este modo de ver las cosas, y probablemente fuera posible, como he sugerido, leer el pasaje, en lo que al propio Orwell respecta, autobiográficamente.<sup>13</sup>

Ahora bien, la tradición a la que Thoreau pertenecía era esencialmente literaria y, dándole a los términos toda su extensión, performativa y revolucionaria.<sup>14</sup> Como Emerson, que había escrito literalmente que las palabras eran acciones, Thoreau cultivaría una escritura constitucional cuyo primer ejemplo era la Declaración de Independencia de los Estados Unidos y de la que la propia

Anarquista y conservador,  
radical y excéntrico,  
Orwell acabaría  
representando a Inglaterra  
como ni siquiera Churchill  
lo había conseguido,  
del mismo modo que  
Thoreau —como había  
vaticinado Emerson— se ha  
convertido en el americano  
por antonomasia

Constitución no era sino una paráfrasis mejorable, como lo pondrían de manifiesto las enmiendas, es decir, las mejoras. Ni la Declaración de Independencia ni la Constitución eran la última palabra, pero podían ser las primeras y, en la medida en que su lenguaje era ordinario, común e inteligible, podía ser efectivamente mejorado. Toda la literatura americana nace de esta convicción de que, en cierto modo, la literatura aún ha de ser escrita. En diversos lugares de su obra, Orwell insistiría en la necesidad de defender la libertad de pensamiento y expresión, y su preocupación por la verdad objetiva, por ingenuo que fuera el realismo político o epistemológico que la sustentaba, habría tenido que remontarse y afianzarse hasta las verdades evidentes por sí mismas que establecía la Declaración de Independencia y el propio texto de la primera enmienda que, como reconocen incluso los constitucionalistas más prudentes, ha vulnerado todos los límites concedidos a una aplicación meramente jurídica.<sup>15</sup> Sin embargo, Orwell sólo vería en los Estados Unidos cierta amenaza de popularización de la cultura, no siempre deseable en su opinión, y un desnivel de la tradición respec-

to a lo que Inglaterra significaba: en su ensayo sobre “Raffles y la señorita Blandish” (1944), por ejemplo, Orwell deploraría que James Handley Chase, un escritor inglés, hubiera adoptado el idioma americano y es más que probable que no viera en los americanos algo distinto a “bufones con licencia”, como diría de Mark Twain. A veces, las crisis históricas pueden borrar las evidencias. Con un término no demasiado alejado de la historia política, y a pesar de que había comenzado su carrera como escritor tratando de situarse como un observador imparcial de lo que veía en Inglaterra, podríamos decir que Orwell mantuvo los prejuicios británicos hasta el final.

Este ascendiente burkeano (desdichadamente maquiavélico) queda en entredicho, sin embargo, cuando, en el apéndice sobre la “neolengua” y, antes, en la famosa consigna de *Rebelión en la granja* (“Todos los animales son iguales”), la Declaración de Independencia proporciona el ejemplo de la literatura que se resiste a ser traducida o borrada:

Sería imposible verter esto —escribe Orwell en el apéndice de 1984 respecto al pasaje crucial de la Declaración de Independencia reproducido en la “viejalengua”, donde se mantiene la evidencia de las verdades de la igualdad de todos los hombres y la posesión de los derechos inalienables de la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad— y conservar el sentido original... Una traducción completa sólo podría ser una traducción ideológica, con lo que las palabras de Jefferson se convertirían en un panegírico sobre el gobierno absoluto.

La ironía sin alma con la que los animales acaban formulando el lema igualitario (“Todos los animales son iguales, pero algunos son más iguales que otros”) no logra, sin embargo, ocultar el sentido original.<sup>16</sup> ¿Cómo podríamos aplicar el principio de verificación a la Declaración de Independencia? ¿Es contingente esta forma de hablar, como sugiere Rorty? ¿Podríamos —en la “neolengua” de nuestro tiempo— “deconstruir las verdades evidentes por sí mismas”?<sup>17</sup>

La oposición a un gobierno absoluto constituye el hilo rojo de la tradición republicana a ambos lados del océano. En Inglaterra, la tradición de los *commonwealthmen*, que incluía a los “cavadores” y a los “niveladores”, hubo de soterrarse tras la Restauración y reaparecer conforme se formaba una clase obrera heredera del puritanismo y el cartismo, pero también —como ha señalado el historiador marxista E. P. Thomson— de la literatura. Una mañana, Winston Smith se despierta con una palabra en la boca, “Shakespeare”, cuyo significado desconoce. Las obras de Shakespeare suponen, para el Salvaje de *Un mundo feliz* (cuyo título original estaba tomado de un verso de *La tempestad*, “O brave new world”), una especie de talismán inútil. La lectura de Shakespeare y de la Biblia alimentó la tradición republicana

y la oposición a un gobierno absoluto hasta que la literatura fue invadida por la ideología. La resistencia a la ideología o la recuperación de la literatura formaban parte de las intenciones de Orwell. Anarquista y conservador, radical y excéntrico, Orwell acabaría representando a Inglaterra como ni siquiera Churchill lo había conseguido, del mismo modo que Thoreau ?como había vaticinado Emerson? se ha convertido en el americano por antonomasia. En trance de desaparición el imperialismo americano, no resulta desconcertante que, en cierto modo, sea posible empezar a leer ahora a Orwell, que escribió mientras se descomponía el imperialismo británico (una descomposición a la que contribuyó) como un buen, y anticuado, novelista inglés y un ensayista radical o de ninguna parte. “Extraterritorial”, la palabra de George Steiner que sirve para designar cierta literatura donde podríamos clasificar tanto la escritura de ensayo de Orwell como su lectura, suena casi a “neolengua”. Thomas de Quincey, con la “viejalengua”, solía distinguir la literatura de conocimiento de la literatura de poder. A su manera, Orwell practicó la literatura de poder e hizo muchas cosas con palabras.



## Notas

<sup>1</sup> Véanse HANNAH ARENDT, “Rosa Luxemburgo”, en *Hombres en tiempo de oscuridad*, trad. de C. Ferrari, Gedisa, Barcelona, 1992<sup>2</sup>, pp. 43—4, y K. S. KAROL, “Putín, Stalin y la derrota del nazismo”, en *El País*, 10 de mayo de 2005, p. 14: “Los hombres de cierta edad que en Moscú y en toda Rusia exhiben retratos de Stalin no son forzosamente estalinistas puros y duros; simplemente son fieles al gran jefe militar que destruyó el nazismo. El gran error de Nikita Jruschov fue querer destruir este culto a la personalidad añadiendo unos dramas que nunca se produjeron”. La nota de Arendt, el pasaje de Karol, la parada militar y la película de Olivier Hirschbiegel admitirían una interpretación orwelliana no demasiado tranquilizadora. En su reseña de las memorias de guerra de Winston Churchill —el último de los artículos que publicaría en vida—, Orwell rendiría tributo “al anciano fuerte y jovial al que los ingleses no aceptaron como dirigente para los años de paz, pero por el cual se sintieron representados en los años difíciles”. La diferencia respecto a Stalin o Hitler no residía, naturalmente, en la cualidad democrática, sino en la condición representativa de Churchill, es decir, en el hecho de que los ingleses pudieran, efectiva e impunemente, no escogerlo como dirigente. El protagonista de *1984* no llevaba por casualidad el nombre del *premier*, y la transformación de su personalidad sugiere también el fin de la impostura democrática que

la guerra había obligado a adoptar a Churchill.

En “Lear, Tolstói y el bufón” (1946), Orwell criticaría el último credo del escritor ruso, pero su socialismo democrático tiene muchas semejanzas con la sociedad de hombres libres e independientes que Pierre Bezújov esboza en el capítulo mencionado y que Rosa Luxemburgo habría podido compartir: “The strain —se lee en la traducción de Rosemary Edmonds, mucho más sobria en este pasaje que las versiones españolas— is too great, something’s bound to snap (as men examining the performance of any government have always said since governments began)”. “Talón de hierro” es, como se sabe, el nombre con el que Jack London bautizó a la oligarquía capitalista en la novela homónima. En su ensayo “La política y el idioma inglés” (1946), Orwell consideraría la expresión, entre otras, propia del estilo imitativo de la ortodoxia. (La difusión de la novela de London en español es también un caso orwelliano: con el viejo prólogo de Anatole France y la traducción de María Rulpérez la publicó la editorial Ayuso de Madrid en 1976, en la misma colección donde figuraba el libro de Fernando Savater *La filosofía como anhelo de revolución*; en 2003, con prólogo de Howard Zinn y la misma traducción, la publicó la editorial Hiru de Ondarribia, con el amparo de Alfonso Sastre...)

<sup>2</sup> Sus consideraciones sobre “El espíritu deportivo” (1945), desde luego, han demostrado ser certeras: “El deporte serio —escribió Orwell, a propósito del fútbol y el boxeo, lo que hoy podríamos decir de cualquier deporte— no tiene nada que ver con el juego limpio”.

<sup>3</sup> GEORGE ORWELL, *The Complete Works*, ed. by P. Davison et al., Secker & Warburg, London, 1998, 20 vols. Véanse J. RODDEN, *George Orwell: The Politics of Literary Reputation*, Transaction Publishers, New York, 2002<sup>2</sup>, y *George Orwell: Into the Twenty-First Century*, ed. by J. Rodden, Paradigm Publishers, London, 2004. La lectura de Orwell ha estado excesivamente sometida al celo de sus herederos y a las apreciaciones de quienes lo conocieron en vida. Las recientes biografías de Jeffrey Meyers (*Wintry Conscience of a Generation*, Norton, New York, 2000; *Orwell. La conciencia de una generación*, trad. de M. D. Otero-Piñero, Ediciones B, Barcelona, 2002) y Gordon Bowkers (*Inside George Orwell*, St. Martin’s Press, New York, 2003) trascienden, en cierto modo, la de Peter Stansky y William Abrahams en dos partes (*The Unknown Orwell*, Constable, London, 1972, y *Orwell: The Transformation*, Constable, London, 1979) y la biografía “autorizada” de Bernard Crick (*George Orwell: A Life*, Secker & Warburg, London, 1980).

<sup>4</sup> La última edición de la escritura ensayística de Orwell en español es la selección de *Escritos (1940-1948). Literatura y política*, a cargo de Concepción Bados (Octaedro, Barcelona, 2001), que mejora sustancialmente la traducción de *A mi manera* de Rafael Vázquez Zamora (Destino, Barcelona, 1976) y *Una buena taza de té* de Ester Donato (Destino, Barcelona, 1985), pese a la confusión del texto original que ha servido de referencia (probablemente, como se dice en la Nota Preliminar, la antigua edición de Sonia Orwell y Ian Angus, y no, como se dice en el Copyright, *The Complete Works* edita-

das por Peter Davison en 1998). *Rebelión en la granja* y *1984* siguen reeditándose continuamente con las traducciones de hace medio siglo —al amparo de la propaganda anticomunista— y algunas ediciones de *Homenaje a Cataluña* siguen relegando los capítulos 5 y 11 al apéndice, en lugar de situarlos donde Orwell los dispuso. (Curiosamente, la edición de Davison hace lo mismo, a diferencia de la edición americana prologada por Lionel Trilling en 1952.) Sobre las ediciones inglesas de Orwell, véase JEFFREY MEYERS, “A Voice That Naked Goes” (*Virginia Quarterly Review*, otoño de 2000). Las traducciones de Carlos Pujol (*Homenaje a Cataluña*), Olivia de Miguel (*Mil novecientos ochenta y cuatro*) y Manuel Piñón (*Los días de Birmania*, traducido antes como *La marca* por Rafael Vázquez Zamora) suponen un considerable adelanto.

<sup>5</sup> *Historia de la Literatura Universal*, Planeta, Barcelona, 1999<sup>5</sup>, vol. X, p. 32.

<sup>6</sup> Véanse J. L. AUSTIN, *Cómo hacer cosas con palabras. Palabras y acciones*, trad. de G. R. Carrió y E. A. Rabossi, Paidós, Barcelona, 1996, A. J. AYER, *Lenguaje, verdad y lógica*, trad. de M. Suárez, Orbis, Barcelona, 1985, y RICHARD RORTY, “El último intelectual de Europa: la crueldad en Orwell”, en *Contingencia, ironía y solidaridad*, trad. de A. E. Sinnott, Paidós, Barcelona, 1991, pp. 187-8, 195, 202-4, así como W. F. BOLTON, *The Language of 1984. Orwell’s English and Ours*, Blackwell, Oxford, 1984, y el controvertido estudio de Andrei Reznikov *George Orwell’s Theory of Language*, Writers Club Press, London, 2001. (Agradezco a Ramón del Castillo la referencia al texto de Rorty.) La mejor descripción de la izquierda contemporánea de Orwell (uno de cuyos aspectos más sobresalientes fue su alianza con la filosofía analítica) sigue siendo, en mi opinión, la de C. L. R. JAMES, *World Revolution 1917-1936. The Rise and Fall of the Communist International (1937)*, Humanities Press, London, 1993.

<sup>7</sup> Véase (entre otros muchos pasajes de Said sobre Orwell) EDWARD W. SAID, “Turismo entre las ruinas. Sobre George Orwell” (1980), en *Reflexiones sobre el exilio. Ensayos literarios y culturales*, trad. de R. García Gutiérrez, Debate, Barcelona, 2005, pp. 107-112, y SIMON SCHAMA, *Auge y caída del Imperio británico, 1776-2000*, trad. de J. Rabasseda-Gascón, Crítica, Barcelona, 2004.

<sup>8</sup> Véase WILLIAM HAZLITT, “Despedida a la escritura de ensayo”, en *El espíritu de las obligaciones y otros ensayos*, ed. de J. Alcoriza y A. Lastra, Alba, Barcelona, 1999, pp. 207-216.

<sup>9</sup> Javier Alcoriza me ha dado a conocer la opinión de C. S. Lewis hacia esos episodios, que, en opinión del gran crítico literario, estropeaban irremediablemente la fábula. Véase C. S. Lewis, “George Orwell”, en *De este y otros mundos. Ensayos sobre literatura fantástica*, ed. de W. Hooper, trad. de A. Diéguez, Alba, Barcelona, 2004, pp. 149-154. Lewis escribió su ensayo sobre Orwell para atenuar la influencia de la primera versión televisiva de *1984*. Las dos primeras adaptaciones cinematográficas de *Rebelión en la granja* y *1984* modificaron sustancialmente el final, en detrimento de las intenciones orwellianas.

<sup>10</sup> En su excelente estudio sobre Orwell, Raymond Williams lamenta que la escritura de Orwell fuera malinterpretada —en parte por culpa del propio autor— como disuasoria respecto a las esperanzas del socialismo

democrático. Sin embargo, el análisis de Williams, uno de los precursores de los estudios culturales contemporáneos, no da el paso hacia la tradición a la que me refiero a continuación en el texto, a pesar de su conclusión: "Para describir la paradoja de Orwell necesitaríamos conceptos más allá de la conciencia y las estructuras sociales de su época. Por ahora, sólo podemos proponer la experiencia: hay otras relaciones más plenas que se prolongan y caminos más allá de la alienación" (R. WILLIAMS, *Orwell*, Fontana, London, 1971, p. 89).

<sup>24</sup> Véanse LIONEL TRILLING, "La función de la revista literaria", en *La imaginación liberal. Ensayos sobre la literatura y la sociedad*, trad. de E. Pezzoni, Edhasa, Barcelona, 1971, pp. 111-122, y ROBERT WARSHOW, *The Immediate Experience. Movies, Comics, Theatre and Other Aspects of Popular Culture*, Harvard UP, Cambridge, Mass., & London, 2001. La correspondencia de Orwell con Wilson se centró, significativamente, en las posibilidades del idioma inglés en los Estados Unidos. Véase EDMUND WILSON, *Letters on Literature and Politics, 1912-1972*, ed. by E. Wilson, Farrar, Strauss & Giroux, New York, 1977, pp. 409, 450-1, 486-7. La mejor descripción del clima intelectual americano es la de ALAN WALD, *The Rise and Decline of the Anti-Stalinist Left from the 1930s to the 1980s*, North Carolina UP, Chapel Hill, 1987.

No es posible obviar, en este punto, el libro de FRANCES STONOR SAUNDERS *Who Paid the Piper? The CIA and the Cultural Cold War* (1999, *La CIA y la Guerra Fría Cultural*, trad. de R. Fontes, Debate, Barcelona, 2001), que obliga a preguntarse si Orwell se habría sumado, como Arthur Koestler y otros amigos suyos (Tosco Fyvel, Malcolm Muggeridge, Stephen Spender, el propio editor Fredric Warburg y casi toda la plantilla de la *Partisan Review*), a las actividades financiadas clandestinamente por la CIA y de las que el Congreso por la Libertad fue sólo la más destacada. Una lectura atenta, sin embargo, de los dos ensayos que Orwell dedicó a *The Managerial Revolution* (1941) de James Burnham en 1946, mientras trabajaba en la redacción de *1984*, proporcionaría todos los argumentos para contestar negativamente. La pauta de Burnham, y de la CIA —como ha señalado muy bien Saunders—, era maquiavélica: en *The Machiavellians, Defenders of Freedom* (1943), Burnham propondría, efectivamente —tergiversando los términos de la Declaración de Independencia—, que cuando una clase gobernante perdiera la confianza en sí misma y en sus mitos fuera reemplazada por una nueva élite. En 1958, el gran Leo Strauss escribió: "Podríamos decir que los Estados Unidos de América son el único país del mundo que se basa en una oposición explícita a los principios de Maquiavelo... Al menos en la medida en que

la realidad americana es inseparable de la aspiración americana, no podemos entender el americanismo sin entender el maquiavelismo, que es su opuesto" (*Thoughts on Machiavelli*, The University of Chicago Press, Chicago, 1978, pp. 13-4). Véase también, sobre todo por su asunción de la filosofía de los actos de habla, J. G. A. Pocock, *The Machiavellian Moment. Florentine Political Thought and the Atlantic Republican Tradition*, Princeton UP, Princeton, 1975, pp. 60, 84-5, 545. Ténganse en cuenta estas consideraciones en lo que sigue.

<sup>25</sup> Véase el bellísimo ensayo de Said "Sobre las causas perdidas" en *Reflexiones sobre el exilio*, pp. 481-512. Tal vez Said y Orwell representen el mismo tipo de intelectual.

<sup>26</sup> El *thoreauvian scholar* Antonio Casado da Rocha me ha informado de que Henry Salt (1851-1939), profesor en Eton hasta 1880, publicó en 1890 una biografía de Thoreau que contribuyó a la difusión del autor de *Walden* en Inglaterra y en el Imperio británico y de que tal vez Gandhi conociera a Thoreau gracias a Salt (véase HENRY S. SALT, *Life of Henry David Thoreau*, Centaur Press, Fontwell, 1993). También me ha llamado la atención respecto a "Algunos pensamientos sobre el sapo común" (1946) de Orwell, que podrían ser una paráfrasis del capítulo sobre la "Primavera" de *Walden*, si bien la impronta es wordsworthiana: "Creo que al conservar la querencia infantil por los árboles, los peces, las mariposas y... los sapos, logramos que un futuro decente sea algo más probable". Hasta donde yo lo conozco, sin embargo, Orwell tampoco menciona a Salt, que sí pudo ejercer una influencia mucho más directa en Aldous Huxley, profesor de Orwell en Eton medio siglo después (el *Salvaje* de *Un mundo feliz* es, en efecto, susceptible de una interpretación thoreauviana). En cualquier caso, la tradición radical de la *Westminster Review*, con la que Salt y el socialismo inglés estaban en deuda, había recibido a Thoreau con entusiasmo y la propia George Eliot escribiría, incluso, una reseña favorable del libro, pero era una tradición irremisiblemente olvidada cuando Orwell empezó a cobrar conciencia como escritor. Su último representante, Leslie Stephen —padre de Virginia Woolf—, había reconocido que, por debajo de la discusión sobre la libertad que el famoso ensayo de John Stuart Mill había alentado, se encontraba la cuestión de la Constitución inglesa, una constitución no escrita, a diferencia de la americana, y que no había logrado equipararse a la literatura ni representar a toda la nación. Shakespeare o la Biblia de 1611 habrían forjado, en cierto modo, la verdadera constitución. Puritanos, cartistas y laboristas han exigido a lo largo de los siglos la escritura de la Constitución inglesa.

<sup>24</sup> O "apasionada", como escribe Stanley Cavell, que ha unido la filosofía analítica a la escritura de Emerson y Thoreau. Véase

"Performative and Passionate Utterance", en *Philosophy the Day After Tomorrow*, The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, Mass., & London, 2005, pp. 5, 155-191.

<sup>25</sup> Véase GEORGE ANASTAPLO, *The Amendments to the Constitution. A Commentary*, Johns Hopkins University Press, Baltimore & London, 1995, p. 83: "Hemos de tener en cuenta que lo que vemos en nuestros documentos constitucionales atestigua un sistema mucho más extenso de instituciones legales y políticas de lo que resulta explícito en la superficie de tales documentos".

<sup>26</sup> Recuérdese el final de *El reino de este mundo* de Alejo Carpentier: "Se le había dado a entender claramente que no le bastaba ser ganso para creerse que todos los gansos fueran iguales", fechado en 1948, tres años después de la publicación de *Rebelión en la granja*, cuyo ascendiente es inequívoco, como lo era la influencia de *Los jacobinos negros* (1938) de C. L. R. James en las intenciones de Carpentier, pero el método de "lo real maravilloso" está muy lejos de la escritura de Orwell y de James. Pese a que no sabremos nunca cuál habría sido la deriva de su idea comunista, probablemente sea César Vallejo, valiente y valedudinario, el escritor hispanoamericano más cercano a Orwell, sobre todo por la manera que tuvo de hacer cosas con palabras: "La paz, la avispa, el taco, las vertientes", etc. Como Ti Noel, el personaje de Carpentier, como James y como Vallejo, Orwell se supo un meteco en el imperio.

<sup>27</sup> En el ensayo citado, C. S. Lewis insinuaba que el apéndice podría subsistir sin la novela. Es desde luego, el último ensayo de Orwell, y su lectura mantiene con la lectura de la novela la misma relación que mantuvo Orwell con el pasado: una lectura independiente —siguiendo el ejemplo de la Declaración de Independencia— acentuaría, en cierto modo, su carácter performativo y mejoraría la escritura original.

Un estímulo considerable para interesarme por Orwell fue la lectura del ensayo que E. L. Doctorow le dedica en su libro *Jack London, Hemingway, and the Constitution* (1993, *Poetas y presidentes*, trad. de J. Arbonés, Muchnik, Barcelona, 1996). Escrito en vísperas de 1984, Doctorow lo incluíra en una colección dedicada a la trascendencia moral de la literatura americana —tarea a la que a veces se refiere, equívocamente, como "deconstrucción"—, e insistiría en la actualidad de Orwell para una tradición que, como dice Doctorow, dependía de que la Declaración de Independencia y la Constitución no se convirtieran nunca en historia. Que el autor de *El libro de Daniel* no pusiera reparos ideológicos a Orwell es todo un síntoma de recuperación, o como Doctorow prefiere decirlo, de importancia de la escritura.